CREADOR DEL CIELO Y DE LA TIERRA

Padre Nuestro, que estás en el cielo, santificado sea tu nombre, Jesús de la Sentencia...

El anterior meditador de tu vigilia, mi compañero y amigo Paco Correal, se preguntó "¿Quién eres, Dios mío?" y como buen prestidigitador de la palabra, supo reunir la interrogante y la respuesta en la misma frase.

"¿Quién eres, Dios mío?" Creo en la palabra justa de la que hablaba Balzac. Creo en el orden justo que perseguía James Joyce. Creo en la palabra justa de Nuestro Señor Jesucristo y creo en el orden exacto de los días de la creación de Dios: la luz, la atmósfera y el firmamento, la tierra seca y las plantas, el sol, la luna y las estrellas, las aves y los animales, los animales terrestres y el hombre... y al séptimo día descansó. Todo tiene su propósito.

Creo en Dios Padre, Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra. Dios no solo sabe lo que es verdad, sino que es la naturaleza misma de la verdad. Siempre me fascinó la posibilidad de desentrañar este misterio de la verdad en las cosas más mundanas y por eso nació en mí esta vocación de periodista que pretende dar noticias en todo lugar. La noticia es que el telescopio espacial James Webb se ha asomado al universo primigenio, a la infancia cósmica, y ha descubierto con una definición sin precedentes las galaxias más antiguas, las que existían cuando el universo solo tenía entre 300 y 400 millones de años...

Qué maravillosa noticia. Dicen los astrónomos que la luz de estas galaxias es como la de una sopa celeste hirviendo a fuego lento.

Me entretengo en buscar la yema de tus dedos tras el velo de polvo de las imágenes del telescopio, "la obra de tus dedos" de la que hablaba David en sus salmos. En el principio creó Dios los cielos y la tierra y dijo Dios: Hágase la luz; y la luz se hizo. Y vio Dios que la luz era buena; y separó Dios la luz de las tinieblas.

Yo vivo en la calle Esperanza, antes calle de los limones, junto a un retablo de cerámica que recuerda los dos últimos años de tu paso, Señor, por los callejones de la Macarena. El retablo contiene una imagen de la Esperanza y un poema del pregón de Rafa Serna que reza así:

“Y decidió que su Reina,
madre de Dios Soberana,
se llamase Macarena
y naciera sevillana”.

...Creo en el Dios que decidió hacerse hombre para redimir el género humano, aún a costa del desacuerdo, la rebelión y la guerra que por soberbia le declararon los ángeles caídos. Creo en la Virgen de la Esperanza, sin pecado concebida, porque existió antes del pecado original en la mente de Dios. Por eso, como dijo nuestro Silvio, “María es la pura concepción que antes que Roma Sevilla proclamó...”

Dios es alfa y omega, principio y fin de la existencia... Pero la edad del universo es de casi catorce mil millones de años y todavía el telescopio espacial no alcanza a reflejar ese maravilloso momento que recreo y leo cada mañana, cuando despierto en la calle Esperanza y veo su cara en su calle.

Fray Carlos Amigo nos decía que el deseo de vivir para siempre reside en la esencia del ser humano y que Jesucristo es nuestra garantía de eternidad. Fray Carlos Amigo se acercó un día al micrófono que llevaba en la mano para decirme que siempre había en la cofradía un último tramo donde salían, aunque no se viesan, las personas que ya no estaban con nosotros. En la próxima madrugá, las últimas parejas de cirio, que no veremos pero estarán, la formarán los hermanos por cuyas almas hemos rezado en la misa de réquiem de esta misma tarde: Rosa María Caro, Gabriel Torres, Feliciano Muñoz, Luis Algaba, Cayetano Noa, Francisco García, Amparo Gómez, Manuel Alcalde y cerrando esa fila, junto a nuestro eterno arzobispo, aparecerá también Diego Valencia, el bondadoso sacristán y floristero de Algeciras, mártir en la defensa de lo sagrado; alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar...

Dice un salmo penitencial que el olvido es la muerte de las cosas y que escribirlas es resucitarlas. Eso mismo decía Stephan Zweig, que escribía “para combatir al implacable enemigo de la vida humana, la transitoriedad y el olvido”.

“Qué guapo eres, hijo...” Es la voz rota de amor de Miguel Loreto mientras mira tu cara, Señor...“Ole los valientes”, “la gente que sabe y puede”, “si después de lo de esta noche no habéis visto a Dios es que estáis ciegos”...

Recuerdo aquella mañana en la que te esperaba, Miguel, con un micrófono en la mano, en el recodo que hacen las calles Torrijano y Esperanza. Me atreví a compartir con la audiencia que parecía matemáticamente imposible que el paso diera la vuelta. Entonces Miguel mandó desarmar la vieja puerta de madera de la Peña flamenca Torres Macarena, metió la trasera al borde del tablao flamenco y al terminar la “chicotá”, ya en la calle Esperanza, pidió el micrófono para decirme en directo, con su sonrisa socarrona: “hombre de poca fe...”

Te recuerdo con dos relojes en la misma muñeca. Nos decías que era para medir el mucho tiempo que tenías porque te habías jubilado. Esos dos relojes te sirven ahora para medir la feliz eternidad en la que te imagino oyendo las saetas de tu hermano, Manuel Loreto, armao con cuarenta años de servicio a las órdenes del Melli y El Pelao.

Suena tu marcha preferida, Miguel, “Mi niña Estrella”, y siento el repeluco del redoble del mejor tambor que ha sonado y retumbado en los pilares de la tierra, el tambor de Pepe Hidalgo. Yo te imagino de niño, Pepe, en tu calle Relator, golpeteando con palillos, como si fueran baquetas, tu primer tambor, una lata de mantequilla. ¡Qué bien enseñaste tocar a tus niños en la explanada del Parlamento, querido Pepe! Gracias por abrir nuestros corazones para creer más y mejor en el Señor de la Sentencia. Ahora tus niños tocan Híspalis, la marcha de Paco Moraza a la que puso letra Pascual González, en un póstumo poema. También la voz del cantor de Híspalis suena en el cielo, rota de amor por Sevilla:

“Sevilla es la fragancia de la penitencia
Sevilla es la Giralda de nuestro fervor
Sevilla es la centuria de fe y de sentencia
Sevilla es la grandeza de un blanco costal

Sevilla es Resolana, pretorio y condena
Sevilla es la muralla de un viejo arrabal
Donde vive la Virgen de la Macarena”.

Creo en Nuestro Señor, que nació de Santa María, Virgen de la Esperanza, y padeció bajo el poder de Poncio Pilato. El Credo nos habla del poder y del tiempo de Poncio Pilato, ese mismo que vemos aquí con el ceño fruncido, lavándose las manos en la palangana, declarándose inocente de la sangre de un justo, ajeno a su declaración – “Mi reino no es de este mundo”-, ajeno a las súplicas de Claudia Prócula, que le sopla al oído que es un hombre bueno y que no existe delito alguno en creerse o en ser el verdadero Hijo de Dios...

Casi dos mil años después, los expertos en derecho romano siguen hablando de tu sentencia, Señor, de tu juicio plagado de irregularidades, de tu indefensión, de los falsos testigos... Fuiste condenado no una, sino dos veces, a la flagelación primero y a la pena de muerte en la cruz después, sin que se formulara una sola acusación criminal... La tuya, Señor, sigue siendo la injusta sentencia más célebre de la historia del hombre, seguida de lejos por la de Galileo Galilei... (Galileo también sabía de lo que hablaba, tenía un telescopio, pero el suyo no era el de James Webb, sino un antejo de nueve lentes del siglo XVI que alcanzó a ver cuatro lunas orbitando alrededor de Júpiter y las fases de Venus.)

Hoy se cumplen exactamente 344 días del comienzo de la guerra en Ucrania. Bien sabes, Señor, de lo que hablo, porque bien sabes lo que es huir a Egipto y sufrir la ocupación de una provincia rebelde como Judea por los ejércitos de la Roma de Tiberio. Debemos orar por las intenciones del Papa Francisco, que también nos ha hablado esta semana de la espiral de muerte en Tierra Santa y nos pide que recemos juntos por la búsqueda sincera de la paz.

El mundo se ha llenado de líderes que dictan sentencias, órdenes y leyes injustas para sobrevivir en sus cargos; de políticos como Anás, Herodes y Pilato, de nuevos escribas y fariseos que cometen el viejo pecado capital; la ausencia de una verdadera responsabilidad, la ausencia de los conceptos que emanan de tus predicaciones socráticas, que hablan del bien, de la verdad y de la justicia; de las virtudes cardinales, justicia, prudencia, templanza y fortaleza y de las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad.

La hermandad de la Macarena ya no toma el camino de los callejones, como antaño, pero no olvida que su fundación se debe a la visita y asistencia de los enfermos del Hospital de la Sangre, luego llamado de las Cinco llagas...También en aquellos primeros años la vida

se abría paso, entre las cotidianas miserias propias de la naturaleza humana, en vecindad con el tránsito de los fúnebres carros que tomaban la dirección del cementerio y siempre, como visible, pero apartada frontera, la fachada del Hospital de las Cinco Llagas.

La Esperanza habita donde debe, donde se le espera, donde se hace necesaria la caridad a raudales, entre el hospital y el cementerio, entre la enfermedad y la muerte.

Más de cuatro siglos después, la centuria toma cada tarde de Jueves Santo el camino del Hospital Virgen Macarena para repartir Esperanza... y el balcón de la Esperanza está abierto todo el año, gracias a la hermandad, para que los enfermos divisen su patria... Porque patria es, según la definición bonaldiana, bonaldiana de José Manuel Caballero Bonald, aquel lugar en el que te asomas a la ventana y te sientes a gusto. Practicar la caridad es amar al prójimo como a uno mismo y ayudar al necesitado, al desamparado, pero no solo desearlo, sino hacerlo por la vía de la asistencia social: Ese reguero de gente que hace cola cada mañana entre la Plaza de la Centuria y don Fadrique, en la calle Carranza, es también un reguero de Esperanza...

Soy un vecino de esos mismos callejones por los que aquellos otros vecinos del siglo 19 hacían sonar sus huchas de latón para poner la cofradía en la calle y vestir sus túnicas de nazareno. Alguna vez dije que, entre todas las revoluciones inspiradas por Juan Manuel Rodríguez Ojeda, ninguna supera en fantasía, osadía y sensibilidad a la idea de convertir por unas horas a los modestos habitantes del barrio de la Macarena en alados heraldos de la Esperanza, en augustos infantes de nobiliaria estirpe, en una especie de mágica traslación a la vida real del argumento de la novela de Mark Twain, "El príncipe y el mendigo".

Venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad, en la tierra como en el cielo...

Mi hijo, Guille, y yo hemos viajado Tierra Santa y nos hemos colocado al filo del abismo del Monte del Precipicio, en la Baja Galilea, por donde quisieron despeñar a Jesús sus propios paisanos, que no aceptaban sus profecías... Allí meditamos juntos sobre la distopía de un mundo que hubiese girado dos mil años sin tener noticias de la venida de Jesucristo...

Pero Jesús se abrió paso entre el tumulto sin que nadie osara empujarle y al filo del Monte del Precipicio comprendimos los planes de Dios y también el sentido de vivir cada momento como lo que es, único, pleno y valioso, aunque no todo en la vida tenga respuesta, explicación o lógica.

Guille y yo nos volvimos a bautizar en el río Jordán, subimos a una barca de pescadores para echar las redes en el lago Tiberiades y ya en Jerusalén, recorrimos la vía dolorosa, desde el pretorio de Pilato al Gólgota, para acercarnos a la verdadera Pasión de Jesucristo y al verdadero dolor de su Madre en su verdadero contexto.

En la próxima Semana Santa tendremos la histórica oportunidad de vivir y sentir la Pasión y la Muerte de Jesucristo en un Santo Entierro Grande. El Señor de la Sentencia volverá a las calles de la ciudad para contar su historia, arrojado en cuerpo y alma por su Centuria... Y entre la oración en Getsemaní y su descendimiento, entre la primera y la quinta angustia de su Madre, sentiremos como nuestro su mayor dolor en la calle de la Amargura.

Ea, pues, Señora de la Esperanza, abogada nuestra, vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos...

La Esperanza es el escrupulillo del cascabel, del cascabel que causa ese cascabeleo de ángeles que decía Joaquín Romero Murube que era su paso de palio. Señora de nuestra vida, razón de felicidad, que dice el himno de Joaquín Caro Romero...

Razón de felicidad...de la felicidad de ese niño que oye la campana del recreo y percibe que toda la eternidad cabe en un cuarto de hora; a vuestro lado ya no siento aquel miedo infantil que irradiaba el cuento de Rascarrabias, el diablo que fue convertido en mono y asustaba a los niños con sus aullidos desde las murallas de la Macarena; a vuestro lado siento los efectos de la pócima mágica del mejor barroco, el consuelo, la intercesión, la Esperanza...

Y siento la cernudiana nostalgia de lo que ni siquiera he vivido, y quisiera revivir ese momento. Mañana de Viernes Santo de 1920 en la Plaza de la Encarnación. Eduardo Miura convoca a Manuel Torre y el Niño Gloria para un duelo de saetas en el balcón de su sombrerería.

Decía la letra de la saeta de Manuel Torre:

<<Ay...Por no saber lo que hacerle,
Ay...le escupen y lo abofetean, ay...
y lo "encoronan" de espinas
y la sangre le chorrea
por su carita divina>> ...

Y la Plaza de la Encarnación se llenó de pañuelos blancos y algunos gitanos se partieron sus camisas... Y entonces se asomó a la misma terraza el Niño Gloria y dicen que los costaleros del Señor de la Sentencia inventaron el costero a costero porque nadie quería irse de allí o había que irse lentamente, oyendo cantar esto al Niño Gloria:

<<Había sonao un clarín ronco
y los tambores destemplaos
a la voz de un pregonero
el sol claro se ha eclipsao
sobre Jesús Nazareno>>.

Aconsejaba el maestro de periodistas Manuel Chaves Nogales la evocación; "evoca-decía-, hasta que llegue el alma de la ciudad y pueda entonces gozarse toda entera".

Y yo evoco como si oyera la voz de mando de Juanillo Fatiga, como si oyera el sonido de un fliscorno en el "Spes Nostra" de López Farfán, como si oyera una saeta de Manuel Torre por la calle Feria al lado del poeta Juan Sierra...Como si viera a Lorca y a Falla en San Gil, mientras miran de reojo a la Niña de los Peines, que aprieta con su mano la

estampa del Señor de la Sentencia antes de cantarle su saeta de cada madrugá...

Evoco el sabor de una torrija en la espera, el sonido de Dolores, Joaquina, Victoria y Ángela de la Cruz, que son los nombres de las campanas que repican en la Basílica...y evoco el aroma a incienso del pebetero del paso, la cera derretida bajo el Arco, un mar de espuma y pluma blanca que llega por la Resolana... Es la felicidad del tiempo recobrado de Marcel Proust.

... Y después de este destierro muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre...

Hace justo 25 años que una niña de doce años se puso delante de la Esperanza, que estaba en besamanos, miró a sus ojos y leyó un poema a la Virgen en nombre de todos los niños de los Altos Colegios del barrio de la Macarena. Hoy esa niña es una mujer macarena que tiraría un cubo de añil y manteca derretida encima de quien osara desafiar a su hermandad y a su barrio. Esa niña se llama Lorena y me ha contado que está en estado de buena esperanza; qué bonita manera de llamar a ese estado; que va a ser madre de un niño macareno y que yo voy a ser abuelo...

Además de ser abuelo de un niño macareno, ya no me cabrían más honores, hermanos de la Macarena: me habéis nombrado narrador de vuestra Esperanza y meditador de la vigilia del Señor de la Sentencia. Ya no quiero ni puedo ser nada más importante en este mundo en la espera de volver a la casa del Padre...

Como era en un principio, cuando decidió que su Madre, reina de Dios soberana, se llamara Macarena...Macarena en este mundo y de aquí a la eternidad, ahora y siempre, por los siglos de los siglos, amén.